

S O P A D E L I B R O S

Fernando Alonso

# El misterioso influjo de la barquillera

Ilustraciones  
de Emilio Urberuaga



ANAYA



© Del texto: Fernando Alonso, 1999  
© De las ilustraciones: Emilio Urberuaga, 1999  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 1999  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 1999; 2.ª impr., septiembre 2001  
3.ª impr., diciembre 2002; 4.ª impr., marzo 2004  
5.ª impr., enero 2005; 6.ª impr., junio 2005

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 84-207-9235-7  
Depósito legal: M. 25.835/2005

Impreso en ANZOS, S. A.  
La Zarzuela, 6  
Polígono Industrial Cordel de la Carrera  
Fuenlabrada (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

---

Alonso, Fernando  
El misterioso influjo de la barquillera / Fernando Alonso ;  
ilustraciones de Emilio Urberuaga. -- Madrid : Anaya, 1999  
128 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 34)  
ISBN 84-207-9235-7  
1. Narradores de cuentos I. Urberuaga, Emilio, il. II. TITULO  
860-3

SOPA DE LIBROS

Fernando Alonso

# El misterioso influjo de la barquillera

Ilustraciones  
de Emilio Urberuaga

ANAYA



*Para Cita  
y también para todos los amigos y amigas  
que he encontrado gracias a mis libros; en  
especial para aquellos que aún no he tenido  
la posibilidad de conocer en persona.*

# PRESENTACIÓN

Hace ya algún tiempo, varias personas me comentaron que algunos cuentos míos no llegaban a muchos lectores a quienes podían interesar. Unos andaban perdidos en viejos libros; otros, por querer acercarlos con grandes ilustraciones a los más pequeños, quedaban fuera del campo de interés de lectores más mayores.

Para ponerlos al alcance de estos, decidí reunirlos en un volumen y pensé que la mejor forma de agruparlos era incluidos en una historia, que sirviera de marco y presentación de todos ellos.

Con esta intención, comencé a revolver entre los papeles de un viejo archivador en el que guardaba notas, apuntes y esquemas de libros que esperaban su turno para comenzar a crecer.

Allí encontré un personaje y una historia, anotados y guardados hacía muchos años, que,

de pronto, comenzaron a reclamar su oportunidad para darse a conocer. Era la historia de un hombre que tenía una misteriosa barquillera y que, como yo, había organizado su vida para poder dedicarse a escribir.

Como decía antes, mi deseo era que sirvieran de simples introductores a unas historias ya escritas.

Pero una cosa son los deseos, y otra, la realidad.

10

Este personaje no se conformó con el simple papel de presentador; y yo, que amo la libertad por encima de todas las cosas, le permití que viviera en libertad su propia vida y desarrollara su propia historia.

Entonces, de pronto, me encontré representando el papel que había querido adjudicarle.

Yo mismo me convertí en el presentador de su vida y de sus inquietudes.

Aunque conseguí introducir dos de mis historias, el resto eran historias suyas y una serie de reflexiones sobre la apasionante aventura de escribir.

Nunca, hasta entonces, había experimentado la fuerza que puede desarrollar un personaje para vivir su propia vida al margen de los deseos iniciales del autor.

En algún momento, llegué a sentir como si yo también estuviera escribiendo bajo el poderoso influjo de su misteriosa barquillera, o sometido a las veleidades arbitrarias de un viejo archivador.

Antes de dejar esta presentación, me gustaría hacer una advertencia a los lectores.

Si estáis leyendo este libro en medio de la noche y escucháis el ruido del palillo de una barquillera al girar, o el sonido metálico de un viejo archivador al cerrarse, yo no me hago responsable del influjo que puedan ejercer sobre la historia.

Si eso sucediera, os recomiendo que leáis el mismo fragmento a la luz del día.

Si las dos versiones coinciden, solo en ese caso, me hago responsable de cuanto en este libro queda escrito.

Fernando ALONSO

# 1

## LOCOS DÍAS DE PRIMAVERA

12

Había una vez un niño que se llamaba Prudencio Pérez, pero todos le llamaban Sito.

A Sito le gustaba jugar al fútbol y al ajedrez, a las canicas y a las chapas; pero su afición preferida era leer libros.

Él no sabía explicar la magia misteriosa de los cuentos. No sabía cómo unas cuantas palabras eran capaces de crear tantas ilusiones, tantas fantasías y tantos sueños. No sabía dónde anidaban las raíces de aquel bienestar que sentía al leer un libro.

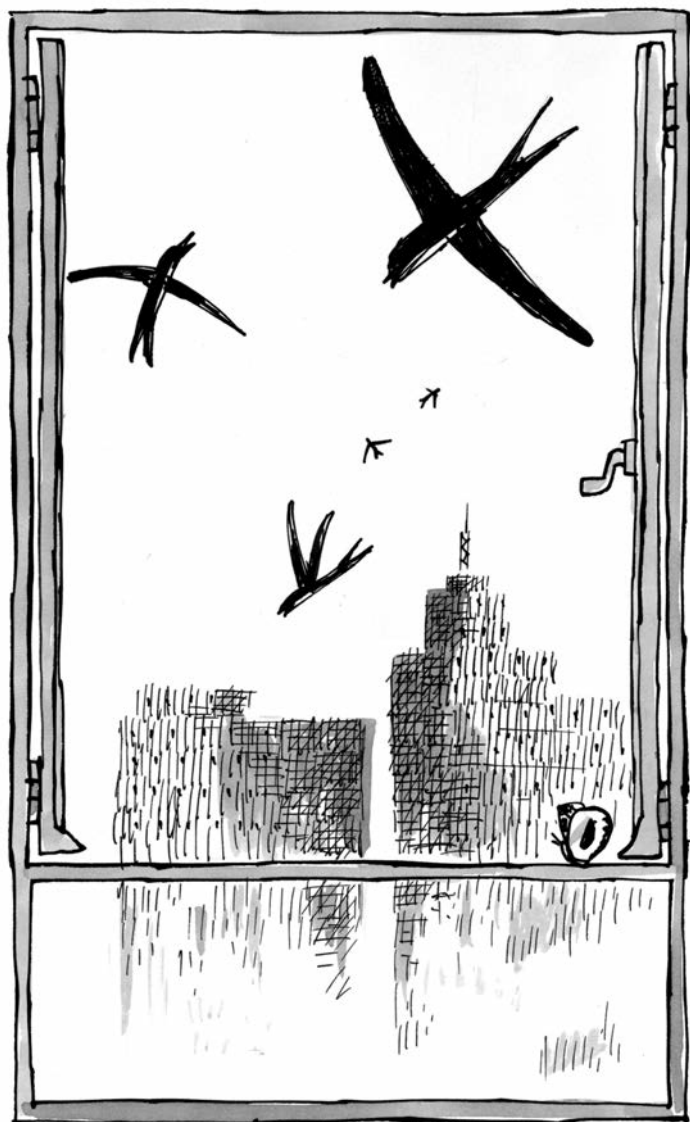
Sito solo comenzaba a saber una cosa:

—Lo que más me gustaría en este mundo es poder escribir cuentos.

Un día de primavera, Sito estaba en clase.

Los ojos de los niños andaban atareados con las golondrinas que rasgaban el aire tras





la ventana y con el vuelo errátil de las mariposas.

Solo don Jaime, el profesor de *Naturales*, miraba hacia la pared con gesto hosco.

Contaban que, cuando era pequeño, por hacer el payaso en clase un día de primavera, le habían mandado copiar quinientas veces:

*La primavera ha venido  
nadie sabe cómo ha sido.*

14

Desde entonces, don Jaime odiaba la poesía y también aquellas veleidades primaverales que asaltaban a sus alumnos.

—Es preciso acabar de una vez con esas alergias del espíritu —murmuraba entre dientes.

Desde aquel lejano día, don Jaime tampoco era partidario de los castigos.

Por eso, al ver que la atención de sus alumnos vestía alas de mariposa, dijo en voz alta:

—Hoy dedicaremos la clase a hacer experimentos...

—¡¡¡Bieeeeeennn!!! —gritaron los niños y las niñas de la clase.

Y olvidaron, de inmediato, la primavera y las mariposas, las golondrinas y las flores.

Don Jaime era muy distraído; por eso, sus experimentos despertaban la esperanza de que,

en cualquier momento, podía suceder algo imprevisible: polvos blancos que se convertían de pronto en rojo encendido; sustancias que hervían y humeaban como póчимas diabólicas; mezclas extrañas que comenzaban a exhalar olores tan fétidos, que les obligaban a abrir las ventanas y abandonar la clase a la carrera.

La última vez una inocente mezcla, que parecía leche, provocó tal explosión, que rompió los cristales de las gafas de don Jaime, le puso la cara negra y llenó de humo toda la clase.

Por eso, la alegría fue general cuando el profesor anunció que aquel día de primavera estaría dedicado a hacer experimentos.

Todos los ojos se abrieron para no perder ni un detalle de los fascinantes artefactos que solía usar don Jaime: probetas de formas extrañas, matraces de cristal y alambiques misteriosos que sacaba, con gran parsimonia, de un armarito que siempre cerraba con llave.

En aquella ocasión solo sacó una lente ahuevada y un prisma de cristal; una cartulina blanca y otra negra.

Una leve brisa de decepción flotó sobre la clase cuando el profesor dijo, señalando un rayo de sol que bañaba su mesa:

—Este día tan luminoso es el más indicado para hacer experimentos con la luz.

Pero los más optimistas conservaban la sonrisa; aunque solo tuviera unos cristales y un rayo de sol, su profesor era capaz de provocar cualquier desastre.

Don Jaime, transfigurado, comenzó a actuar como si fuera un mago. Se arremangó y mostró a todos sus manos vacías:

16

—Mirad: Nada por aquí, nada por allá. Ahí tenemos un tibio rayo de sol; aquí, una lente de cristal y, por último, una cartulina de color negro. El rayo de sol baña la cartulina y... ¿qué sucede?

—¿...?

—Nada. Absolutamente nada. Ahora, con esta lente de cristal intentaremos atraer al viejo duende del fuego.

Don Jaime situó la lente frente al rayo de sol y este se concentró sobre la cartulina negra en un punto minúsculo y deslumbrante.

—¡Tachánnn!

Al poco tiempo, vieron salir una leve columna de humo y un agujero ardiente comenzó a abrirse en la cartulina.

—¡Señoras y señores...! ¡El duende del fuego comienza a devorar la cartulina!

De las últimas filas de la clase surgió una voz:

—¡Bah! ¡Eso está chupado!

Todos chistaron para que se callara aquel sabihondo y no les fastidiara la clase de experimentos.

Don Jaime retiró la cartulina negra, que cayó al suelo, y cogió la blanca.

—Aquí tenemos una cartulina blanca, bañada también por la luz del sol. Y dentro de este prisma de cristal se encuentra encerrado... ¡el espíritu del arco iris!

Todos miraron la mano de don Jaime que sostenía el prisma y, muy despacio, con gran misterio, lo situó entre el rayo de sol y la cartulina.

Un «¡oh!» de admiración se escuchó en la clase cuando el rayo de sol atravesó el prisma y fue a reflejarse sobre el papel, desplegado en un arco iris brillante y luminoso.

Sito no estaba muy entusiasmado con aquel experimento, porque ya lo había visto antes.

De pronto, le asaltó una idea. Aquel prisma de cristal era como un libro quieto y mudo en un escaparate o en una estantería. Bastaba con que recibiera la mirada de un lector para despertar lleno de vida y de color, para que cada palabra alumbrara miles de imágenes y de fascinantes arcos iris.

Los gritos de sus compañeros lo sacaron de aquellas meditaciones:

—¡¡¡Don Jaimeeee...!!!

—¡¡Que se le queman los pantalones!!

La cartulina negra, que había caído al suelo cuando comenzaba a arder, había prendido fuego al bajo de sus pantalones.

Don Jaime daba saltos y manotazos intentando apagarlo; mientras los niños reían y aplaudían marcando el ritmo de aquella frenética danza del fuego.

Entonces, se abrió la puerta y apareció el director.

Aquellas risas y aquellas palmas les costaron quedarse castigados una hora, después de terminar las clases.

Durante aquella hora, a Sito se le vino a la cabeza la palabra *bosque*. Y comprobó que en aquella palabra podían vivir los grupos de árboles ralos de las mesetas áridas; las masas de pinos, de aromas atosigantes bajo la canícula de agosto; los bosques oscuros y húmedos de los países nórdicos, donde se esconden los elfos y los troles...

Entonces pensó:

«Hoy saldremos tarde por culpa del castigo. Pero, de mañana no pasa. ¡Mañana empezaré a escribir cuentos!».

Al día siguiente tuvo que lavarse los dientes tres veces.

Tuvo que lavarse las manos siete veces; peinarse, otras tantas.

Tuvo que quedarse media hora más durante la comida, por culpa de aquella sopa que odiaba.

Y las clases.

Y los deberes.

Y el baño.

Y la merienda.

Y la cena...

Aquel día terminó y el niño no había encontrado tiempo para escribir sus cuentos.

Y así pasó un día y otro.

Un mes y un año.

Y otro, y otro...

Y Sito nunca encontró el tiempo que necesitaba para dedicarse a escribir cuentos.